

## El idioma de la futura Confederación Ibérica

¿Se puede justificar una independencia argumentando que una lengua es diferente? De una cierta manera sí: el idioma constituye el vehículo principal de la cultura a quien os distingue de los pueblos vecinos. Pero a su vez también crea barreras. A esto lo denomino como el «síndrome de Michel Jackson.» Teníamos en casa un conejillo de indias llamado Michel (í Jackson) que estaba sentado en el medio de la sala de estar, en el suelo, en su jaula, feliz e indiferente a todos los movimientos y los ruidos del exterior. El día en el que le quitamos las rejas estaba aterrorizado. Sin embargo, no había cambiado nada a su alrededor. Al contrario. Disfrutaba de más espacio y libertad. Al igual que este animalito, todos nosotros necesitamos nuestras barreras: lenguas, religiones, códigos, principios, etc., para tenerse en pie y vivir en una tranquilidad psicológica.

Todas las lenguas, de las cuales compartimos y aceptamos la cultura y sus valores intrínsecos, nos protegen del mundo exterior. Nos sentimos confortables en el seno de nuestra tribu, protegidos por sus barreras. Abandonamos la lengua, derribamos las barreras únicamente para acceder a una seguridad material, o emocional, o intelectual más grande, y si es posible, las tres a la vez. Creemos que las lenguas son eternas mientras que no hacen más que transmitir valores. En la Cataluña visigótica habríamos debido hablar una lengua germánica. Nosotros hablamos hoy catalán, castellano o francés porque los valores cristianos vehiculado con el latín se habían impuesto al mundo gal·lo·romà e ibérico-romano<sup>(1)</sup> y, posteriormente, a los invasores germánicos. Por las mismas razones, en tan sólo algunos años, un puñado de mahometanos habían impuesto el árabe en lugar del griego y del copto en el Oriente Medio.

Los Catalanes han seguido siendo catalanes porque Castilla y la monarquía «hispano-española» no han sabido aportarles valores en condiciones para que trasciendan. Un ejemplo: desde hace mucho tiempo, la mujer ocupa un lugar importante en la sociedad y en la cultura catalana. Esta «modernidad» va en el sentido de la historia, en contraste del antiguo machismo español. Si no han interiorizado el castellano, la culpa no tiene que recaer en los Catalanes, sino

seguramente en los reyes y en los dictadores españoles.

Las lenguas, de las cuales compartimos el uso con otras, son bienes valiosos que tenemos que conservar y proteger. Cabe esperar que en un futuro las nuevas generaciones las hagan de abandonarlas para acceder a valores superiores. Desde hoy en día los lingüistas, con la ayuda de superordenadores, pueden inventar un idioma ibérico, o neo-románico, o neo-europeo, que se pueda aprender en tan sólo unas semanas. Pero sin ninguna posibilidad de éxito si no constituye el fundamento a nuevos valores. Una lengua es como un ser vivo que se alimenta de locutores y que avanza, impulsada por sus valores, al igual que el viento en las velas de un barco. En ausencia de éstos o de su renovación, éstos se detienen, se debilitan, hasta que otro los devore.

¿Favorecerá la independencia abrupta el pensamiento y los valores catalanes? No creo. El destierro sufrido por Cataluña, combinado con los problemas de identidad interiores previsibles de ahora en adelante, sumergirá al país en una fuerte precariedad material e intelectual en consecuencia, una regresión emocional. De este destierro no hay ninguna duda. Los altos funcionarios españoles y franceses, guardianes del templo, reflexionan y actúan bajo el peso de mil años de historia. Alemania e Italia, estados jóvenes, tolerarían por su parte una Cataluña pseudo-independiente nada más. Puesto que económicamente cada «pequeña» nación, con su lengua propia, constituye una distorsión de la competencia por el obstáculo que constituyen la lengua y la solidaridad tribal. Un fabricante danés elabora y desarrolla sus productos pensando primero en alemán, inglés, español, francés, italiano. De todas maneras, el mercado danés ya lo tiene adquirido de manera natural. Mientras que su competidor italiano sólo se implantará en Dinamarca, tal vez en diez o quince años, puede que nunca.

1.500 militares españoles serían suficientes para bloquear la frontera de los Pirineos (con la benevolencia de la intelligentsia, de los medios de comunicación, de los políticos franceses) y ahogar económicamente al joven estado. 1.500 hombres serían suficientes para ocupar el Valle

<sup>(1)</sup> El vasco, acosado pero también protegido dentro de los valles pirenaicos es el único idioma siguiendo siendo poco desnaturalizado.

de Arán occitano, creando malestar en Barcelona y desbloqueando una ruta de suministro para España. Pero esto no tendría que llegar hasta estos extremos. La sola presión política sería suficiente para asfixiar a su región disidente.

**Sin embargo, la independencia es un derecho natural e inalienable del pueblo catalán** que sólo se puede imponer por una decisión mayoritaria de los catalanes. Estos nunca han notificado su acuerdo para integrarse en España. La sumisión en el tiempo de la nación catalana (igualmente milenaria) no puede considerarse como un acuerdo implícito y intrínseco. Ante esta ecuación, la solución federal a menudo propuesta deja de lado la plena soberanía y que esta, sólo sería para un único día simbólico... un día de justicia, un día de equidad... Y es que esta carencia e injusticia, hace que la federación esté siempre con una llaga. La España, de una cierta manera, ha sido siempre una federación pero no asumida porque dominada abusivamente por la Castilla desde el descubrimiento de la América por Cristóbal Colón. Dentro de una federación son las relaciones a la fuerza ellas que determinan la organización. Dentro de una confederación la igualdad es implícita. La solución de una confederación ibérica brota como en evidencia.

Todos los caminos que integran la independencia se dirigen hacia una forma de «ibericidad», pero a diferentes niveles.

**Camino n.º 1:** la Transición Nacional prevé ingenuamente, después de la declaración unilateral de independencia, una sintonía en el seno del territorio ibérico a través de una hipotética asociación, una especie de hermandad ibérica. Las propuestas precedentes muestran que el acuerdo será irrealizable.

**Camino n.º 2:** obligatoriamente se encontraría una solución teñida de iberismo al cabo de la experiencia abortada independentista después de tres, cinco años, o más. Este plazo puede ser largo si los oligarcas consiguen tomar el poder en Barcelona (La historia nos enseña que las minorías dominantes prosperan en la división y el caos). Esta solución pseudo-ibérica permitiría salvar las apariencias de la desafortunada Cataluña volviendo a entrar en el puesto, bajo las horcas caudinas, cabezas cabizbajas.

**Camino n.º 3:** proclamar sucesivamente la independencia y la creación, después de doce meses simbólicos de plena soberanía catalana, de la Confederación Ibérica previamente negociada y aprobada por los pueblos. La República Catalana, junto con el Reino de España y el Portugal (*cuando este país lo deseará*) constituye un proyecto transformador, innovador e integrador de los valores.

En medio de una crisis de identidad, económica, social, y política, en la península germina una aspiración colectiva constituida de creatividad, de humanidad, de pacifismo y de jovialidad hedonista. Puede desembocar en un proyecto innovador en condiciones de reunir a toda Europa. Ésta última no se estableció para inventar nuevos valores, sino solamente para mantener la paz entre Francia y Alemania. Todos los sistemas políticos de hoy en día, todos los sistemas económicos, ya prevalecían antes de la Segunda Guerra Mundial. En 2014 colocamos un aparato en un cometa, pero todavía estamos en la prehistoria en lo que respecta a la ingeniería política y social.

La Confederación Ibérica puede inventar una nueva forma de asociación de naciones y de nuevos valores en condiciones de ganar el Norte de Europa. Ésta última tiende a cubrir el Continente con una película de celofán. Una fría virtud calvinista nos neutraliza. Del Sur, y más precisamente del caldo de cultivo ibérico, puede surgir un nuevo modelo de sociedad reciclando las virtudes republicanas.

¡SI a l'indpendència! ¡SI a la República catalana aurea! ¡SI a la Confederació Ibèrica! Este podría ser el slogan del partido político que iniciaría esta evolución. Porque es de Cataluña, del proceso independentista, de dónde tiene que surgir la Confederación y el reciclaje de las ideas. No puede ser de otra manera. Hay que aprovechar esta oportunidad.

En el futuro un idioma encarnará esta metamorfosis. Simplificado, sintetizado de los idiomas de la Península, firmará el verdadero cambio de siglo. «El Ibérico» navegará entonces, impulsado por los nuevos valores, en el sentido de la Historia.